

vino, sin duda se tendría de su índole una idea muy distinta de la que hasta aquí se ha formado. Ciertamente que tampoco de día deja escapar una presa si se le ofrece, pero su verdadera actividad solo empieza con la hora del crepúsculo. Esto lo prueba bastante su conducta en libertad y en estado cautivo.

Nútrese el boa de pequeños mamíferos y aves de varias especies, como también de algunos reptiles, especialmente individuos menores del mismo orden y ranas. Los boas de cierta edad se atreven con animales del tamaño de un corzo. Un cazador brasileño refirió al príncipe de Wied, que oyendo un día aullar á su perro en el bosque, llegó al sitio ansioso de averiguar lo que ocurría, y vió un constrictor de grandes dimensiones, que después de haberle mordido en el muslo, lo tenía envuelto en sus pliegues y lo estrujaba con tal fuerza, que la sangre le corría por el cuello; un tiro disparado con acierto libertó al can, que solo pudo restablecerse por completo al cabo de algun tiempo. Historias como las que cuenta Gardner, de que las grandes serpientes americanas se engullen caballos adultos, pertenecen al dominio de la fábula, y son seguramente inventadas por los mismos viajeros á fin de hacer mas interesantes y extraordinarias sus descripciones.

Las serpientes en libertad no comen probablemente sino las presas que ellas mismas hacen, y en manera alguna animales muertos, mientras que á las cautivas se les acostumbra con el tiempo á tragárselos. Así cuenta Effeldt que alimentó su boa con ratas muertas, pues las vivas causaban demasiados desperfectos en la caja; no acostumbran las serpientes desperdiciar esta comida, sino que hasta parecen apetecerla en cierto grado de putrefacción.

REPRODUCCION.—En cuanto á la propagación del boa divino en cautividad, no conozco dato alguno especial; en los cautivos se ha observado que son ovovivíparos. El príncipe Waldemaro de Prusia mató un boa hembra preñada que se consideró perteneciente á la especie que nos ocupa; tenía doce huevos ya tan desarrollados, que los hijuelos alcanzaban una longitud de 0",30 á 0",50. Westerman tuvo el gusto de cuidar pequeños boas divinos; la hembra parió su prole viva, depositando además algunos huevos.

CAZA.—Todos los viajeros que han recorrido los bosques de la América del sur y encontrado este pitónido, aseguran que permanece inmóvil en su sitio; solo huye cuando tiene al enemigo á muy pocos pasos de distancia, y que se puede matar muy bien á garrotazos. Schomburgk en una de sus excursiones, vió uno de estos reptiles, y hé aquí cómo refiere su encuentro: «A pesar de los consejos del indio que me acompañaba y de la repugnancia de nuestro perro, pronto tomé mi resolución de intentar siquiera matar el boa, y me armé en el acto de un sólido garrote. Todavía sacaba la serpiente inmóvil la cabeza por encima del seto: me aproximé lentamente, preparándome para sacudirle un garrotazo que la dejase atontada, pero en el mismo instante en que iba á poner en obra mi pensamiento, había desaparecido el animal debajo del césped, y las ondulaciones de este me indicaron que huía mi presa; no pudiendo saltar al otro lado, seguí la pista tan pegado como pude á la estacada.

»De repente cesó el movimiento y ruido en la yerba y apareció la cabeza del boa á través del follaje, sin duda para explorar el terreno; un garrotazo que tuve la suerte de descargar con gran acierto en aquella cabeza, atontó al reptil, y antes que tuviese tiempo de reponerse; le sacudí con furia otros cuantos; cogiéndole después con ambas manos por el cuello lo apreté con todas mis fuerzas, hasta que el indio, que una vez pasado el momento de verdadero peligro se había acercado, pudo quitarme uno de mis tirantes y sujetar con él mi presa. El espeso matorral, dificultando las circun-

voluciones que el reptil pretendía imprimir á su cuerpo, aligeró nuestra tarea para hacernos dueños de él.» El príncipe de Wied dice que en el Brasil acostúmbrase matar el boa divino á garrotazos y á veces también con la escopeta de caza, pues un tiro de perdigones basta para rematarlo.

Los buenos cazadores del Brasil se rien cuando se les pregunta si esta serpiente es peligrosa también para el hombre, pues solo el pueblo ignorante refiere las historias mas extrañas sobre estos reptiles, historias que siempre se rechazan por todo viajero inteligente y observador concienzudo.

En la América del sur se aprovechan de varias maneras los restos de los boas. Los negros suelen comerse su carne; guardan la grasa para emplearla como maravilloso curativo de diversas enfermedades, y con la piel, después de curtida, se construye calzado, sillas de montar y otros artículos por el mismo estilo; suelen también usarla á manera de faja, como preservativo de varias dolencias.

Los individuos de esta especie que se envían vivos á Europa, son, por lo general, cazados con red, la que se coloca delante de la abertura de su guarida. En lo liso de los bordes y del suelo de la entrada, se conoce fácilmente si una cavidad está habitada, además de los otros rastros que siempre deja el grueso y pesado cuerpo del reptil; este suele retorcerse con gran violencia una vez cogido, pero es muy raro que llegue á causarse daño, pues al revés de lo que le sucede con las heridas, es bastante insensible á las contusiones.

El boa divino que Schomburgk tenía fué atado á la puerta de la choza, pues el naturalista quería renovar sus pruebas sobre la resistencia vital de estos reptiles. El resultado demostró que la precaución era del todo justificada. «Unas risas estrepitosas y un silbido extraño, dice nuestro naturalista, me despertaron por la mañana en medio de mi sueño; salté de la hamaca presuroso y corrí á la puerta. La serpiente había recobrado efectivamente el conocimiento, y hacía los mas terribles esfuerzos para escapar. Un círculo de indios que expresaban su ira y furia provocando al boa habíase reunido al rededor del reptil, que con la boca abierta producía unos sonidos horribles, semejantes á los graznidos de la oca; los ojos parecían saltar de sus órbitas, y la lengua estaba en continuo movimiento. Al acercarme percibióse un olor de almizcle; y para acabar lo mas pronto posible con sus esfuerzos le dirigí un tiro á la cabeza.»

CAUTIVIDAD.—Ya hemos visto que el boa divino presta buenos servicios como cazador de ratones y ratas en los graneros de los comerciantes y plantadores brasileños, por lo cual se le considera casi como animal doméstico, teniéndose en ciertos casos tal confianza que se le deja por la noche en el dormitorio. Su facultad de poder ayunar meses enteros sin perjuicio, aumenta su valor y facilita su transporte. Este se verifica del modo mas primitivo. Enciérrase el animal en una caja de dimensiones convenientes, bien clavada y provista de varios agujeros para la respiración, y queda de este modo el cautivo abandonado á su suerte. Como consecuencia de este trato poco delicado, y tal vez también á causa del hambre, suele manifestarse el reptil bastante mal humorado al llegar á su destino, procurando morder al que se le acerca; sin embargo, pronto pasan estos arrebatos, y una vez acostumbrado á su guardian, se deja coger y trasladar de un sitio á otro sin la menor resistencia. Necesita el boa para su bienestar una jaula espaciosa y caliente, con troncos y ramas para trepar, y un depósito de agua practicado en el suelo para bañarse. Las cajas que se usan para este fin en las barracas de los domadores ambulantes, no corresponden en manera alguna á las necesidades del reptil, y las mantas de lana en que suelen envolverlo, bajo el pretexto de calentarlo, no dejan de ofrecer sus inconvenientes; habiendo sucedido mas de

una vez que el boa, cediendo sin duda á los impulsos del hambre, se engulle la manta. Uno de la misma especie de que nos ocupamos, perteneciente á una colección de Berlin, conservó durante cinco semanas la manta en su estómago, cuando la escupió toda entera ayudado por el guardian. Otro tanto ocurrió en el Jardín zoológico de Londres y en el del Jardín de Plantas de Paris. El de este último, que tenía 11 piés de largo, se tragó una manta de 5 piés de ancho por 7 de largo, la cual permaneció en el estómago desde el 22 de agosto al 20 de setiembre. En este día la serpiente abrió la boca é hizo salir la punta de la manta, que cogió el guar-

dian, pero sin tirar de ella: el animal entonces enroscó su cola en un árbol que había en la jaula, y se fué retirando de modo que la manta, completamente conservada, quedó en manos de aquel. La serpiente después del suceso tuvo diez días de postración, pero pronto volvió á su estado normal.

LOS EUNECTES—EUNECTES

CARACTÉRES.—Los eunectes ó nadadores son individuos muy distintos en su modo de vivir de los demás de la

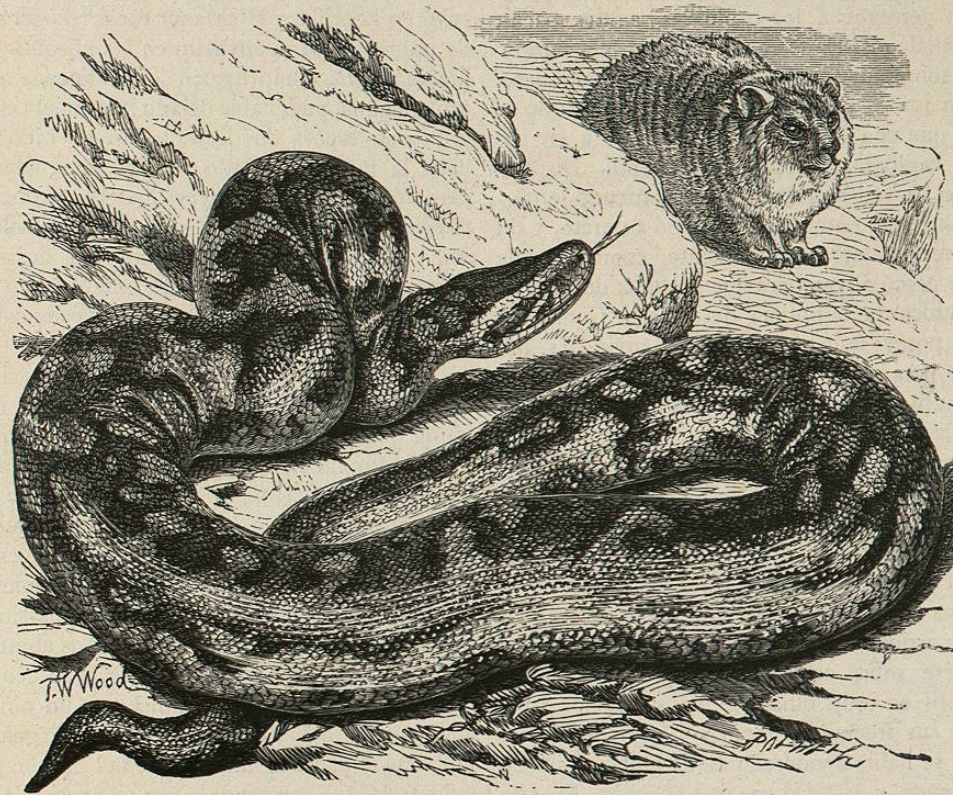


Fig. 60.—EL PITON DE NATAL

misma familia; diferéncianse principalmente por las fosas nasales, abiertas encima de la punta del hocico entre tres escudos colocados perpendicularmente y que sirven para cerrarlas herméticamente. La cabeza, protegida por escudos de forma irregular, es bastante pequeña relativamente á lo largo y grueso del cuerpo, cuadrilonga y aplanada, destacando muy poco del cuello, y con el hocico redondeado. El tronco es grueso, y la cola corta y obtusa en su extremidad.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este género habita los mismos países que el anterior.

EL ANACONDA—EUNECTES MURINUS

CARACTERES.—El príncipe de Wied ha descrito detalladamente la coloración de esta única especie del género eunectes; dice que las regiones encimeras son de un color oliváceo oscuro, algo gris en los lados de la cabeza y amarillento en el borde inferior de la mandíbula; desde el ojo, cuyo iris es oscuro y poco aparente, corre hácia la parte occipital una faja rojo amarillenta, orillada de negro, y por debajo de esta, saliendo igualmente de la región del ojo, pasa oblicuamente por detrás de la boca y se prolonga hácia arriba, otra pardo oscura que destaca vivamente de la anterior; las partes abdominales, hasta la mitad de los costados,

están salpicadas, sobre fondo amarillo claro, de manchas negruzcas, que en algunos puntos forman dos líneas longitudinales; al lado de estas manchas se ven dos filas de círculos negros con puntos amarillos en el centro, y desde la cabeza hasta la extremidad de la cola corren dos líneas dorsales de manchas, mas ó menos redondeadas, de color pardo oscuro, que en el cuello y por encima del ano se encuentran dispuestas con bastante regularidad, mientras que en las demás partes están mas ó menos apiñadas.

Entre los pitónidos del Nuevo Mundo es el mas colosal el anaconda. Hablan los viajeros mas fidedignos de individuos de esta especie de 10 metros de largo; debemos, sin embargo, observar que ninguno de ellos logró matar, y por consiguiente medir animal alguno mayor de 5 á 6 metros. Bates examinó uno que tenía mas de 6 metros. Schomburgk refiere que cazó varios que medían 5 metros, siendo también parecidas las indicaciones que hace acerca del mismo punto el príncipe de Wied. Estos tres naturalistas dicen que testigos presenciales y dignos de todo crédito les aseguraron que se habían muerto algunos individuos de esta especie que medían mas de 10 metros de largo; sin embargo, por nuestra parte acostumbramos dar muy poca fe á estas valuaciones de gente profana, por mas que no dudemos de su honradez y veracidad; pues harto sabemos lo engañoso

que es el ojo en esta clase de medidas, sobre todo tratándose de reptiles, cuyas formas y modo de ser impresionan en alto grado las imaginaciones meridionales. Con todo, queda fuera de duda que el anaconda es una de las principales, si no la primera, entre las serpientes de gran tamaño.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN. — «Todas las noticias y nombres, dice el príncipe, que indican una residencia en el agua se refieren á esta especie; pues vive casi siempre en dicho elemento y puede permanecer largo rato en la profundidad; pero á menudo sale á la orilla para reposar en viejos troncos de árboles, fragmentos de roca ó montecillos de arena, donde pueda tomar el sol ó devorar una presa. Flotando en el río, pesca ó se pone al acecho junto á una roca para perseguir á los capibaras, agutis, pacas, y otros animales análogos. En el río Belmonte, mis cazadores habian visto sobresalir los cuatro piés de un mamífero, que les parecieron los de un cerdo muerto; pero cuando se acercaron vieron que una colosal serpiente oprimía en sus anillos un gran capibara, muerto por el reptil. Dispararon al instante dos tiros al monstruo, y un botocudo le traspasó con una flecha; solo entonces abandonó su presa, y sin hacer caso de la herida alejóse rápidamente, como si nada sintiera. Mi gente pescó al capibara que acababa de morir y volvió para comunicarme la noticia del suceso. Como me importaba mucho poseer la extraña serpiente envié en seguida á los cazadores para que volvieran á buscarla; pero todo su trabajo fué inútil; los perdigones habian perdido en el agua su fuerza, y la flecha se encontró rota en la orilla, donde la serpiente estaba.»

El anaconda se alimenta de varios vertebrados, pero sobre todo de peces, cuyos restos se encuentran en su estómago. Vive mucho tiempo en el fondo de las aguas, donde descansa tranquilamente; á veces asoma tan solo la cabeza á la superficie y observa la orilla; otras abandona su cuerpo rígido é inmóvil á la corriente, mas ó menos rápida, pero dispuesto á precipitarse sobre cualquiera presa que pase á su alcance. Este reptil es muy odiado por los colonos ribereños á causa de sus frecuentes rapiñas. Schomburgk dió muerte á uno que se habia apoderado de la ginetá domestica de una hacienda y la tenia ya casi ahogada. En otra granja le aseguraron al mismo naturalista, que el anaconda ataca con frecuencia á los cuadrúpedos domésticos y particularmente á los cerdos; otros naturalistas confirman estas noticias. «Mientras estábamos al ancla en el puerto de Antonio Malagueita, dice Bates, recibimos una visita poco grata. Un fuerte golpe en los costados de mi lancha, al que siguió el rumor de un pesado cuerpo que cae al agua, me despertó á media noche; levantéme presuroso para ver lo que pasaba, pero todo habia vuelto á quedar tranquilo y solo las gallinas de nuestro cesto de provisiones, que se habia atado á un lado de la embarcación, á unos dos piés del agua, estaban inquietas y cacareaban. No pude explicarme esto, y como mi gente estaba en la orilla, volví á la cámara y dormíme hasta la mañana. Al despertarme encontré las gallinas paseándose por la lancha, y al examinar el cesto observé un gran agujero; faltaban dos de las aves.

»El señor Antonio acusó de la fechoría á un anaconda, que segun aseguró, fué sorprendido hacia algunos meses en aquella parte del río robando una infinidad de patos y gallinas. Al principio no quise creer que fuese una serpiente el ladrón, y acusé á los caimanes, á pesar de que hacia algun tiempo que no habíamos visto ninguno de estos reptiles en el río; pero me convencí algunos dias despues de la exactitud del aserto de Antonio. Los jóvenes de las diversas colonias se reunieron para cazar el reptil, y dieron principio á la batida segun todas las reglas del arte; examináronse los islotes en

ambas orillas del río, y encontraron por fin la serpiente en la desembocadura de un riachuelo tomando el sol. Despues de muerta pude examinarla al dia siguiente, y al medirla ví que no era de los individuos mayores, pues solo alcanzaba seis metros de largo por 0^m,40 de circunferencia.» Se pretende que el anaconda ataca al hombre, y es posible que la citada noticia del príncipe de Nassau se refiera á este reptil.

Schomburgk refiere el siguiente hecho: «Cuando llegamos á Moroco (una mision en la Guayana), todavía duraba allí la excitacion producida por el ataque de una serpiente contra dos individuos de la mision. Hacia pocos dias que un indio habia ido en su bote, acompañado de su mujer, río arriba á la caza de ánades y otras aves acuáticas. Herida una de estas, cayó en la orilla, y el cazador fué á recoger su presa, cuando de improviso se ve envuelto en los pliegues de una gran serpiente *comuti*, como llaman los indígenas al anaconda; sin arma alguna, pues habia dejado la escopeta en el *corial* (bote), grita á su esposa que le traiga un cuchillo grande. Apenas llega la mujer á su lado, fué presa igualmente del reptil, pero, felizmente con mayor libertad entonces el indio, que puede soltar un brazo, asesta varias puñaladas á su agresor, y debilitado este por las heridas, desiste por fin de la lucha y emprende la fuga. Fué este el único caso, de que he tenido noticia, de haber el anaconda atacado á hombre alguno.» Hace bien Schomburgk en calificar este caso de único; á nosotros nos parece tambien muy «singular,» y creemos mas probable, de haber sucedido tal como se lo contaron, que el ataque de la serpiente iba dirigido al ánade y no al indio; no siendo de extrañar quedase este envuelto en los pliegues del reptil, pues ya hemos dicho al tratar del órden en general, que los ofidios no se distinguen ni por la potencia de su vista ni por la de su inteligencia. En cuanto al hacer presa de su mujer el anaconda, mientras tenia otra aprisionada con su cuerpo, confesamos sinceramente, que con la mejor voluntad no encontramos atenuacion plausible para esta segunda parte. Bates se hace eco igualmente de otro cuento de esta especie; dice que un niño de unos diez años, que se habia quedado en la orilla guardando el bote, mientras el padre se internaba en el bosque para recoger alguna fruta, fué sorprendido por un anaconda: felizmente, sus gritos hicieron acudir al padre, quien cogió resueltamente al reptil por la cabeza y le rompió las mandíbulas, no pudiendo llegar mas á tiempo, pues el animal ya comprimía al muchacho en las circunvoluciones de su cuerpo. Tambien Humboldt menciona expresamente lo peligrosas que son las grandes serpientes acuáticas para los indios mientras se bañan. Sin embargo, por verdícas que fuesen todas estas historias, no pueden tan raras excepciones destruir la regla general establecida por el príncipe de Wied, de que el anaconda es inofensivo para el hombre y no infunde temor alguno á los indígenas y cazadores, pudiendo además ser muerto con la mayor facilidad.

Despues de abundante comida, el anaconda, al igual de las demás serpientes, pierde su actividad y permanece casi siempre en una misma postura, aunque sin afectar la rígida inmovilidad que algunos le atribuyen.

En todo lo que se ha dicho sobre el alimento y la inmovilidad durante la digestion, hay, segun el príncipe, algo de verdad, pero siempre mucha exageracion. Observa Schomburgk que el olor que despiden el animal durante su digestion no puede ser mas pestilente, sirviendo de seguro conductor para descubrir la guarida de la serpiente. Si este olor proviene de la quimificacion del alimento, ó de ciertas glándulas que se encuentran en las inmediaciones del ano, es cosa que no se ha podido averiguar todavía, segun afirma Waterton.

Humboldt es el primer naturalista que ha dicho que el anaconda se entierra en el cieno y permanece en letargo, cuando se han secado las aguas que le sirven de morada. «A menudo encuentran los indios, dice el mismo, enormes pitónidos en dicho estado, y cuéntase que procuran irritarlos ó rociarlos con agua á fin de despertarlos.» Semejante sueño invernal solo se verifica en determinadas regiones de la América meridional, pero nunca en aquellas donde ni el frío, ni un calor extraordinario perturban la temperatura templada de todo el año. Allí, segun el príncipe de Wied, no hay que esperar variacion alguna en el modo de vivir del anaconda, y cuanto se ha dicho respecto al sueño invernal, no tiene aplicacion á los bosques del Brasil; pues en los valles sombríos del imperio, donde constantemente abunda el agua y donde la serpiente no vive en pantanos propiamente dichos, sino en grandes lagos, rios y corrientes, cuyas márgenes refresca la sombra de árboles seculares, se muestra tan vivaz y ágil en invierno como en verano. Los habitantes sin embargo saben que en la estacion calurosa, es decir, en los meses de diciembre, enero y febrero se mueve y se presenta mas á menudo que en el resto del año, porque entonces ya se nota el instinto de la reproduccion.»

Durante el apareamiento produce un sordo mugido, segun el mismo observador y Schomburgk. No tengo ninguna noticia sobre el tiempo y la manera de efectuarse el apareamiento. Schomburgk dice que los hijuelos salen del cascaron, y que su número llega á veces á cien (?). Tambien Schlegel encontró en el abdómen de un anaconda recibido de Surinam, no cien pero sí unos veinte huevos, en los que los hijuelos estaban casi desarrollados y median una longitud de 0^m,30 á 0^m,45. Parece, sin embargo, que la progenie puede nacer hasta en los huevos, porque un individuo de la coleccion de Dinter puso en 26 de mayo treinta y seis, que envueltos en lana y á una temperatura de 36° se maduraron efectivamente hasta el 18 de junio, en cuyo dia el primer hijuelo, que tenia el grueso de un dedo, salió muy bien desarrollado.

En libertad, suelen los pequeños echarse al agua tan pronto como han roto la cáscara, y vivir en sociedad durante algun tiempo. «Parecia, añade Schomburgk, que varias hembras habian escogido aquel trozo de orilla para dar á luz sus hijuelos, pues multitud de estos ocupaban los árboles, cuyas ramas sobresalian por encima de la superficie del agua; aplicando el hacha á estos, á cada sacudida caian varios pequeños anacondas en nuestros *coriales*.»

Quando leemos las descripciones de viajes antiguos no podemos extrañar que aun hoy dia se crea en terribles luchas entre hombres, anacondas y otros pitónidos. El padre Montoya cuenta, como testigo ocular, de qué manera procede el anaconda en la pesca. Arroja grandes cantidades de espuma sobre el agua á fin de atraer los peces; sumérgese despues, y cuando aquella espuma ha hecho su efecto, causa estragos entre los habitantes escamosos de la profundidad. Una vez el honrado misionero vió cómo un indio adulto que estaba en el agua hasta la cintura fué devorado por una serpiente que al otro dia volvió á arrojarle.

Stedmann describe con vivísimos colores la caza que dió á uno de estos reptiles. Dicho viajero padecia de las fiebres y estaba acostado en su hamaca, cuando el hombre de guardia le avisó que se veia entre los arbustos en la orilla un bulto negro que parecia un hombre; mandó levar ancla y que un bote se dirigiese al sitio indicado. Un esclavo reconoció que el bulto no era otra cosa sino un pitónido de tamaño muy regular; Stedmann dió orden entonces de regresar á la embarcación; pero insistiendo el esclavo en atacar al reptil, excitó de tal modo el amor propio del jefe, que este á pesar

de sus dolencias, decidió seguir el consejo de aquel, y dirigiéronse á tierra, llevando Stedmann una escopeta cargada y un soldado otras tres armas de fuego. Apenas habian adelantado unos cincuenta pasos por el cieno y maleza, cuando gritó el esclavo que tenian cerca á la serpiente. El enorme animal se encontraba á unos doce pasos de distancia, con ojos fulgurantes y moviendo continuamente la lengua. Apoyando Stedmann su escopeta en una rama, apuntó é hizo fuego, pero la bala no tocó al reptil en la cabeza, su parte mas vulnerable, sino que le hirió tan solo en el cuerpo. La serpiente sacudió este con tal furia, que las plantas en rededor parecian acabadas de segar, y metiendo la cola en el agua arrojó tal cantidad de cieno sobre sus agresores, que estos no tuvieron otro recurso sino emprender la fuga y saltar al bote. Cuando se hubieron reanimado otra vez, insistió el esclavo en otro ataque: decia que pasados algunos minutos el animal estaria mas debilitado y no se atreveria á perseguirlos de nuevo. Stedmann volvió á herirle, pero tambien ligeramente, recibiendo al propio tiempo otra lluvia de cieno peor que la anterior. Excitado por el esclavo volvieron los tres á la carga, disparando sus armas á un mismo tiempo, y con tal suerte que tocaron al reptil en la cabeza. El negro, brincando de contento, trajo una cuerda, echó un lazo alrededor del cuello de la serpiente, que se retorcia en sus convulsiones, y con algun trabajo, ayudado de sus compañeros, pudo arrastrarla hasta el agua; una vez allí ataron la extremidad de la cuerda al bote y se dirigieron á su embarcación. El anaconda, pues resultó ser un individuo de esta especie, tenia vida todavía y nadaba como una anguila. Añade Stedmann que esta serpiente midió 7 metros de largo, y que su grueso era tal, que le venia justo por el centro del cuerpo el chaleco de un negro de doce años.

No podemos admirarnos por tanto de que tambien Schomburgk al principio tuviera miedo de atacar á un anaconda descubierto por su gente, y que refiera como sigue su primera cacería: «El monstruo estaba en una gruesa rama inclinada por encima del río, y tenia su cuerpo enroscado como un gran cable. Habia visto ya mas de un anaconda, pero jamás individuo tan colosal. Durante algun tiempo estuve indeciso si le atacaria ó pasaria sin hacerle caso. Todas las espantosas descripciones de la fuerza extraordinaria de estas serpientes, que de niño me habian hecho temblar, volvieron á presentarse de nuevo ante mi imaginacion; por otra parte el aviso del indio que me acompañaba, de que si no heriamos mortalmente al reptil del primer tiro, seriamos atacados por él y tal vez zozobrado nuestro *corial*, y el espanto que se apoderó del pobre Stockles (mi criado alemán), que me suplicaba, por la memoria de mis padres y de los suyos, no exponerlos temerariamente á tamaños peligros, todas estas consideraciones, digo, acabaron por resolverse á desistirse del ataque. Pero apenas hubimos dejado á nuestras espaldas aquel sitio, cuando me avergoncé de mi vacilacion y obligué á los remeros á volver la proa. Cargué ambos cañones de mi escopeta con perdigones gruesos y algunas postas; lo mismo hizo el mas atrevido de los indios. Nuestro bote se fué acercando lentamente al consabido árbol: todavía estaba allí, sin haber cambiado de postura, la tremenda serpiente. A una señal convenida, disparamos á un tiempo nuestras armas el indio y yo, teniendo la satisfaccion de ver caer en el acto al reptil, que despues de algunas contorsiones fué arrastrado por la corriente. En medio de nuestros gritos de alegría, voló el *corial* hacia el anaconda, y pasados pocos minutos lo teniamos ya á bordo. El resultado de la medicion fué: 15 piés y medio de largo por 2 y medio de circunferencia en la parte mas gruesa. A la eficacia de las postas debimos la facilidad con que despachamos al enorme ofidio, pues encontramos que